



Ramón Folch y Josepa Bru

**AMBIENTE, TERRITORIO Y PAISAJE.
VALORES Y VALORACIONES**

*Environment, territory and landscape.
Values and valuations*

Editorial Barcino / AQUAE Fundación,
Madrid, 2017. 237 págs.

José Rojas López

Escuela de Geografía. Universidad de Los Andes
Mérida, Venezuela

En este libro Folch y Bru no solo tratan la polisemia de los conceptos de ambiente, territorio y paisaje -por lo demás, atributo muy común en los vocablos castellanos- sino que los contextualizan históricamente hasta llegar a sus actuales valoraciones económicas y tecnocráticas. El Prólogo de Joan Manuel del Pozo, profesor de filosofía de la Universitat de Girona, y la Introducción de Joan Nogué, catedrático de geografía humana de la misma universidad catalana, apuntan al meollo del libro, el sentido y alcance del estudio del paisaje y sus valoraciones. Pero el libro está lejos de ser un manual de métodos de valoración. Por lo contrario, es un extenso y denso ensayo sobre valores axiológicos, éticos, culturales y funcionales del paisaje, concepto subsidiario de naturaleza e imagen del territorio. Como bien señalan desde el inicio sus dos autores “... *el imaginario y los intangibles son un valor económico de primera magnitud. Pero no acabamos de saber cómo valorarlos...*”.

La siempre presente naturaleza en la tríada conceptual

Comienzan los autores señalando la inconveniencia de confundir ambiente con naturaleza o territorio, naturaleza con paisaje o medioambiente con naturaleza socialmente transformada, pues todo ello significaría dejar de lado acciones de las colectividades humanas. Pero sobre todo, también inaceptable la connotación de ‘bienes libres’ atribuida a los componentes de la matriz biofísica. De ahí la interrogante que permea gran parte del libro: ¿cómo es posible que los bienes de la naturaleza, fundamentos de la vida humana, no sean objeto de justas valoraciones? Sostienen que los valores de uso, de existencia y de opción de la economía ambiental, pueden ser utilizados para estimar sus valores contables, su grado de deterioro como pérdida económica e incluso para desacreditar usos económicos indiscriminados. Sorprende, sí, que en este tema no hayan citado al conocido y discutido trabajo de Garret Hardin, *The tragedy of commons*, una severa crítica al libre acceso a los bienes ambientales.

Si bien confirman que el paisaje siempre ha sido subsidiario de la naturaleza en todas las civilizaciones, desde el misterio, la sacralidad y la belleza, hasta el orden y la racionalidad científica, la gran mayoría de los paisajes actuales son construcciones sociales seculares. Por esa razón cuestionan el uso de la expresión ‘paisajes naturales’ tan común en disciplinas como geografía y ecología. De hecho, dado que hoy no existen o casi no existen, los medios audiovisuales introducen o recrean ‘escenarios naturales’ para provocar emociones dramáticas o de admiración en amplias audiencias.

Siguiendo la conceptualización de Claude Raffestin, entienden el territorio como una resultante de la apropiación antrópica del medioambiente, éste, a su vez, producto de las interacciones entre la matriz biofísica y las actividades humanas. Dicho de otra manera, el territorio como un fragmento del espacio geográfico configurado y administrado por una determinada forma de poder. Notamos, sin embargo, una insistencia en definir el territorio como ‘algoritmo socioambiental’, lo que oscurece su comprensión cultural o simbólica.

Las distintas miradas del paisaje

A diferencia de la naturaleza el paisaje solo existe en función de la mirada humana. Por ello la mirada del paisaje es siempre plural. Depende en mucho de la experiencia, sensibilidad y cultura del observador o narrador en el contexto de una cultura y una época: desde las sacralizadas o míticas de sociedades preindustriales, las estéticas y románticas de pintores y novelistas, las territoriales de geógrafos y ecólogos..., hasta las filosóficas que buscan el sentido de las diferentes miradas.

Las miradas de la racionalidad científica se fueron imponiendo entre los estudiosos a medida que el interés por el conocimiento se desplazaba hacia la búsqueda del orden en la naturaleza. En el tránsito del romanticismo a la ciencia del paisaje, los autores del libro destacan el ‘empirismo sensible’ de Goethe, la racionalidad científica y sensibilidad romántica de Humboldt, los aportes evolucionistas de Darwin y las bases ecológicas de Haeckel. A finales del siglo XIX, ya el carácter sensible del paisaje no encontraba lugar en el positivismo de la naciente ecología, disciplina más tarde consolidada con el estudio de los ecosistemas.

Esta ausencia paisajística fue reconsiderada con la aparición de la ecología del paisaje a finales de los años treinta del siglo XX, pues ahora el paisaje se percibía como entidad global, esto es, integradora de sistemas naturales y humanos. Aun cuando los autores catalanes citan los cruciales aportes del geógrafo y ecólogo francés Pierre Danserou, no examinan la relación disciplinaria entre geografía y ecología. En su lugar priorizan la reciente socioecología, en virtud del esfuerzo que desplegaba para incor-

porar el papel de los actores sociales en el territorio y la dimensión ética a las embrionarias políticas del paisaje.

El paisaje como símbolo de identidad territorial

A contracorriente del racionalismo científico, la mirada cultural del paisaje alcanzaba notoriedad en la geografía humana con la emergencia del historicismo. Cada vez más los estudios geográficos adquirirían un carácter fenomenológico y por esta vía incursionaban en los signos identitarios de los territorios. Con las corrientes posmodernistas, la nueva geografía cultural puso de manifiesto la relevancia de los intangibles del arraigo, los paisajes étnicos y las múltiples identidades globales. Y, de este modo, la valoración de los paisajes se posicionó como símbolo identitario en medio de la acelerada globalización planetaria.

Luce de gran interés el recordatorio que hacen los autores sobre las motivaciones primarias en la creación de los primeros parques nacionales en el mundo, pues no fueron ecológicas, sino emocionales, ligadas a la identidad y orgullo nacional, que exaltaban el imaginario territorial identificado con la naturaleza. Ello contribuyó, sin duda, a diseñar controles institucionales con fines conservacionistas e incluso a interpretar la degradación humana de las áreas protegidas como agresión a la dignidad nacional o regional.

Ética y salvaguarda de los paisajes

El paisaje es actualmente un producto de consumo masivo, especialmente en el mercado del turismo. No exento, sin embargo, de múltiples presiones degradantes por obras de infraestructura, producción y servicios. Por tanto, la salvaguarda paisajística es defendida en el conjunto de los derechos de tercera generación de los pueblos a un medioambiente de calidad.

Conocido el escaso tratamiento de la conservación del paisaje en la gestión técnica de los territorios, los autores solicitan un cambio de paradigma en el que la praxis técnica quede incluida en la esfera moral para salvaguardar la diversidad paisajística. Una diversidad que es garantía de estabilidad del sistema territorial y poderosa contribución a la cultura territorial y la conciencia paisajística.

Finalmente, si bien a Folch y Bru no se le escapan la inseparabilidad de la temporalidad y la espacialidad en la evolución conceptual del paisaje y los territorios, son pocas las menciones de importantes contribuciones no europeas en este campo, particularmente de geógrafos latinoamericanos como Milton Santos y Cunill Graü, entre otros. Ello no le resta mérito a la erudición de una obra bien fundamentada en un amplio repertorio de obras citadas. Sin duda, un valioso aporte a la bibliografía geográfica y ecológica en lengua castellana.